

ATROCIDADES: EL PROGRESO DE LAS MATANZAS DE CIVILES*

Allan Forbes

La Segunda Guerra Mundial fue radicalmente distinta de las guerras europeas tradicionales. Antes, según la convención militar, los ejércitos se enfrentaban abiertamente, matando todos los enemigos que podían, salvando sus propias vidas si les era posible y regresando dificultosamente a su tierra para esperar el veredicto de la historia. Salvo en caso de situaciones de asedio, se consideraba a los civiles como no combatientes y, por tanto, no eran víctimas legítimas y normalmente no se les atacaba, ni siquiera en los más sangrientos conflictos.

Pensemos en la terrible matanza que se produjo durante la Primera Guerra Mundial. Los ejércitos contrarios tuvieron que soportar cuatro años de ataques de artillería, morteros, gas venenoso, ametralladoras, lluvia, barro, ratas, la confusión constante de una contienda armada en las trincheras. Al amanecer el 1 de julio de 1916, el primer día de la gran ofensiva británica sobre el Somme, 40.000 heridos llenaban los

* El original de este artículo ha aparecido en *The Boston Review* (vol. XX, n.º 4, octubre-noviembre de 1995), revista cuyas señas son: Boston Critic, Inc., E53-407, MIT, Cambridge, MA 02139.

puestos de socorro y quedaban 21.000 hombres muertos en el campo de batalla. En tres meses, el Somme le costó a Gran Bretaña 419.654 hombres muertos, heridos, desaparecidos o capturados. Un año después, Francia lanzó su contraofensiva desesperada en el Chemin des Dames, donde siglos antes Luis XV había construido un transporte para carruajes sobre el río Aisne, para que sus hijas pudiesen disfrutar la vista sin que quedase obstruida. El cuerpo médico francés había realizado los preparativos necesarios para atender a 15.000 heridos durante el primer día de la operación, pero para cuando cayó la noche 90.000 de ellos llenaban el lugar.

La lección de la Gran Guerra era sencilla: que los hombres no volverían a luchar más en trincheras, esa «enorme tumba ya abierta» según palabras de John Masafeld. Robert Kee, un escritor militar británico, llamaba a las trincheras «los campos de concentración de la primera guerra mundial» y en *The Face of Battle* (El rostro de la batalla) John Keegan añadía: «hay algo que efectivamente recuerda a Treblinka en casi todos los relatos del 1 de julio (de 1916), en esas colas de hombres jóvenes casi dóciles... caminando con dificultad por un paisaje sin características destacadas hasta su exterminio tras las alambradas de espinos.» Pero, a pesar de los horrores de la guerra, el exterminio no se extendió a los civiles.

Dresden

Si los dirigentes europeos querían una Segunda Guerra Mundial tendrían que inventarse una nueva manera de luchar. Francia y Alemania se dispusieron a hacer justamente eso. Alemania lo consiguió, Francia fracasó. El cuartel general alemán, revanchista, lamiéndose aún las heridas recibidas en Compiègne y Versailles, introdujo cambios radicales en las operaciones militares de tierra, reemplazando la infantería por tanques, usando artillería, aviones bombarderos y trincheras con carreteras. Para los no combatientes, estos cambios representaban una seria

Allan Forbes fue Director Nacional y luego Vicepresidente del Council for a Livable World (basado en Estados Unidos) entre 1962 y 1975. Es antropólogo, vinculado la última vez con la Brown University.

amenaza, pero el peligro principal que habría de cernirse sobre ellos procedía de un nuevo teatro de operaciones.

Al ir tocando a su fin la Primera Guerra Mundial, aparecieron los pilotos con sus gafas protectoras y sus pañuelos blancos alrededor del cuello, luchando mano a mano, de un modo semejante a como lo hicieron los caballeros mil años antes, mientras que las tripulaciones de los bombarderos mataban a cientos de personas de una sola vez. En mayo de 1917, 21 gigantescos aviones bombarderos Gotha, que iban en dirección a Londres, se encontraron con un cielo densamente cubierto y, girando hacia el sur, bombardearon el puerto de Folkestone y un campo militar canadiense, matando a 95 personas e hiriendo a 195, todas ellas civiles. Un residente de la ciudad describió «los brillantes insectos plateados flotando en el aire con el azul del cielo como fondo»; los observadores «se quedaron ensimismados por la belleza del espectáculo». El 13 de junio Alemania dejó caer 10.000 libras de explosivos sobre Londres, matando a 162 personas e hiriendo a 432, todas ellas civiles, incluyendo a 16 niños que quedaron «horriblemente mutilados». El barón de Derby, ministro de la Guerra, aseguró a la Cámara de los lores, que el bombardeo «no había tenido ningún sentido militar» porque solamente habían matado a civiles.

Para cuando hubo acabado la Primera Guerra Mundial, Alemania había dejado caer sobre Inglaterra 250.000 libras de bombas, matando e hiriendo a 4.830 personas. El significado de los bombardeos, que había escapado al barón de Derby, había quedado perfectamente claro para algunos dirigentes militares británicos y en especial para Jan Smuts, un general de África del Sur que formaba parte del gabinete de guerra británico. En un informe de 1917 para Lloyd George, Smuts preveía las guerras futuras: las operaciones convencionales probablemente consistirían en «la devastación aérea de las tierras enemigas y la destrucción de centros industriales densamente poblados a gran escala». Esa no era una propuesta totalmente nueva, pues otros defensores de la potencia aérea habían hecho predicciones semejantes. Entre ellos estaban Lord Montagu de Beaulieu, el francés Clément Ader, Giulio Douhet (un coronel del ejército italiano que no sabía volar) y el americano Billy Mitchell (que sí sabía). Según *A History of Strategic Bombing* (Historia del bombardeo estratégico), obra de Lee Kennett, estos hombres estaban convencidos de que «la manera más rápida de alcanzar la victoria era por medio del terror», insistiendo en que los civiles nunca podrían soportar el bombardeo contundente.

A fin de poder destruir ciudades «a gran escala» las fuerzas aéreas necesitaban tres cosas: una nueva bomba, un sistema que hiciese que la bomba cayese sobre su objetivo y la aprobación pública para la matanza masiva de enemigos civiles indefensos. Cuando estaba ya muy avanzada la Primera Guerra Mundial Alemania inventó una bomba incendiaria pequeña y a la vez ligera, así como un sistema para su transporte, el bombardero cuatrimotor que atacó Folkestone y Londres. La aprobación pública resultó más difícil de lograr que el armamento. Pero, bajo la presión de la propaganda y de la guerra, hasta las actitudes acabaron finalmente por ceder.

Durante la década de los 30, los europeos empezaron a sentir preocupación por que se produjese otra guerra mundial. Stanley Baldwin, anterior primer ministro, se dirigió a la Cámara de los Comunes en 1932 diciendo: «No hay poder en el mundo que proteja al hombre de la calle de los bombardeos, el bombardero siempre se las arregla para alcanzar su objetivo.» Baldwin añadió una postdata bastante sombría: «Si queréis salvaros tenéis que matar más rápidamente que el enemigo a más mujeres y niños.» En 1934 Churchill predijo que en la próxima guerra mundial Londres se convertiría en «una vaca gorda, de gran valor, que atraería a las bestias de presa».

En 1937 la *Luftwaffe* puso a prueba la técnica de sus bombarderos usándolos sobre Gernika, en el corazón del País Vasco, y matando a 1.500 civiles, acción que, según dijo Philip Knightley en 1975, «causó una ola de cólera que no se ha sofocado realmente nunca». «Gernika» escribió, «pasó a ser un hito en la guerra (civil española)». En 1938, los bombarderos atacaron Barcelona y la revista *Scientific American* dijo que con el ataque se alza «el telón sobre los dramas que habrán de tener lugar». Cordell Hull, Secretario de Estado, también condenó el bombardeo diciendo: «Ninguna teoría de guerra puede justificar semejante conducta». Ese mismo año, posteriormente, la RAF encargó 1.360 bombarderos estratégicos y luego dobló el pedido.

El 1 de septiembre de 1939, el día en que estalló la II Guerra Mundial, el presidente Roosevelt apeló a los beligerantes para que abandonasen «los inhumanos y despiadados bombardeos» que habían «causado la muerte de hombres, mujeres y niños indefensos... y... conmovido profundamente la conciencia de la humanidad entera». La Gran Bretaña, que había comenzado los bombardeos masivos sobre civiles en 1940, endosó de inmediato la petición del presidente; Alemania, que estaba muy ocupada bombardeando a civiles en Varsovia, demoró el acuerdo hasta el 18 de septiembre.

Al comienzo de la II Guerra Mundial, la RAF y la *Luftwaffe* se mostraron reacias a bombardearse la una a la otra. El ministro del Aire respondió indignado ante la sugerencia de que la RAF bombardeara la industria del Ruhr, diciendo que «las fábricas eran propiedad privada». El 4 de septiembre de 1939, Gran Bretaña atacó a la flota naval alemana en Wilhelmshafen, advirtiendo a las tripulaciones que no debían caer bombas en la orilla y que no debían dejarlas caer sobre ningún barco mercante. Goering quería lanzar un ataque contra la flota naval británica, pero Hitler le negó el permiso y Goering tuvo que conformarse con un ataque aéreo, que tuvo lugar en octubre, contra el estuario de Forth. Sus bombarderos vieron anclado el H.M.S. *Hood*, un blanco fácil, pero los pilotos no atacaron porque estaba anclado demasiado cerca de la orilla. En 1939 ni los británicos ni los alemanes estaban interesados en una guerra aérea, pero para 1940 ambos bandos la querían.

El 14 de mayo de 1940 la *Luftwaffe* bombardeó Rotterdam debido a que una avería en las comunicaciones impidió que las tripulaciones se enterasen de que el ataque había sido cancelado. El ataque mató a 1.000 civiles holandeses, aunque al mundo se le informó de que habían producido 30.000 muertes. Gran Bretaña devolvió el ataque al día siguiente, mandando al Ruhr 100 bombarderos.

Dos meses después comenzó la «batalla de Inglaterra», enfrentando a los escuadrones de combate de la RAF contra los bombarderos de la *Luftwaffe* que intentaban destruir aeropuertos y fábricas. Durante el verano de 1940 la RAF bombardeó Hamburgo, Bremen, Essen y un puñado de ciudades más. La *Luftwaffe* se mantuvo alejada de Londres hasta una noche de agosto en que una docena de aviones alemanes, buscando tanques de petróleo en Thameshaven y Rochester, y desviados por un error de navegación, bombardearon el centro de Londres. El Mando Aéreo inmediatamente aprovechó la equivocación, bombardeando repetidamente Berlín durante una semana; Churchill esperaba que la *Luftwaffe* se vengase bombardeando ciudades inglesas, lo cual, como dice R. H. Fredette en *The Sky on Fire* (El cielo en llamas), resultaría «menos peligroso» para Gran Bretaña que permitir a la *Luftwaffe* proseguir sus ataques contra el Mando Aéreo. Goering hizo exactamente eso. El 7 de septiembre más de 300 bombarderos atacaron Londres, confirmando la predicción aventurada por Churchill. Fredette insiste en que los británicos «precipitaron» el *Blitz*, provocando a Alemania a que bombardeara a los civiles, política para la que la *Luftwaffe* ni estaba preparada ni en absoluto equipada. Según Peter Fleming en

Operation Sea Lion (Operación León Marino) Alemania no planeó el ataque por adelantado.

Tras el desastre anglofrancés de Dunkerque, y mientras duraba el fragor de la batalla de Inglaterra, la supervivencia del Reino Unido parecía estar en juego. En una minuta dirigida en junio de 1940 a su ministro de Producción de Aviones, un Churchill desesperado sólo encontraba una manera de derrotar a Hitler: «mediante un ataque devastador y exterminador, efectuado por bombarderos muy pesados desde este país, a la tierra de los nazis».

El Mando Aéreo comenzó la guerra con el compromiso de efectuar ataques diarios de bombardeos de precisión contra fábricas, evitando dentro de lo posible las víctimas civiles. Pero en el mundo implacable de la artillería antiaérea, de los bombarderos enemigos, de los medios de navegación poco apropiados, del mal tiempo y los errores humanos rutinarios, los bombarderos de día resultaron mucho menos eficaces de lo que parecía sobre el tablero. Gran Bretaña había dedicado la mayor parte de sus recursos ofensivos a un *deus ex machina* y no era posible abandonarlo sin más. Los analistas del Mando Aéreo se pusieron manos a la obra y descubrieron un repertorio nuevo y casi ilimitado de objetivos que bombardear: los civiles enemigos. En lugar de pagar por alimentar, vestir y equipar a los soldados británicos, para que luego los mataran de manera masiva, matarían en masa a los civiles enemigos. Unos cuantos miles de bombas incendiarias no sólo podían demoler una fábrica, sino también destruir a los trabajadores, a sus familias y sus casas. Los bombarderos tenían una nueva misión estratégica que cumplir: ataques nocturnos contra las fábricas y las casas de los trabajadores; según dice Fredette, esta estrategia de bombardear por sectores lo que representaba en realidad era «matar la ciudad». El controvertido asesor de Churchill Frederick Lindemann informó el 30 de marzo de 1942 que si las 58 ciudades alemanas con poblaciones superiores a los 100.000 habitantes fuesen sometidas a bombardeo por sectores, un tercio de la población alemana «se quedaría sin hogar y sin casa». Lindemann, que no tardaría en convertirse en Lord Cherwell, formuló su propuesta mediante un hábil eufemismo, «*dehousing* al enemigo», literalmente des-cargarlo, des-alojarlo, lo cual suena a muy poca cosa.

Puede parecer indiscutible que son los militares y los políticos los que deciden cómo utilizar el armamento. Sin embargo, en la mayoría de los casos, son las armas las que deciden cuál va a ser su uso y cuanto más devastadora sea el arma, tanto más elevado es su precio y tanto más

importante el papel que desempeña en el proceso de toma de decisiones.

Sir Arthur Harris, un general surafricano apodado «el carnicero», posiblemente debido a que fue cazador profesional de carne en África entre las dos guerras, se hizo cargo del Mando Aéreo en enero de 1942. Anunció una nueva política: «el objetivo principal de las operaciones de ustedes debe centrarse en la moral de la población civil enemiga y, en especial, de los trabajadores industriales». Una receta para el «proletaricidio». En *The Making of the Atomic Bomb* (la fabricación de la bomba atómica), Richard Rhodes comenta que el bombardeo por sectores «fue intentado para dar a los que realizaban los bombardeos unos blancos que podían atacar», lo cual realmente significa blancos que no podían dejar sin atacar.

Lo esencial para llevar a cabo un programa de bombardeo por sectores estaba ya disponible: una nueva bomba, su sistema de transporte y uso y la aprobación general de la incineración de civiles; el escenario estaba preparado para el genocidio. Harris decidió realizar una prueba con las bombas incendiarias. Escogió Lübeck, una antigua ciudad hanseática del Báltico de gran valor cultural e histórico; era una ciudad de pintoresca arquitectura de madera, que resultaba «especialmente inflamable», como afirman Webster y Frankland en la historia oficial de la RAF. Si Lübeck no se quemaba, no habría ciudad que ardiese. Pero Lübeck despejó la duda y durante el resto de la II Guerra Mundial las bombas incendiarias fueron las escogidas. El 30 de mayo de 1942, Harris reunió a 1.000 bombarderos, una flota de un tamaño sin precedentes, para lanzar un ataque masivo sobre Colonia.

Hasta principios de 1943 la RAF no desarrolló la tecnología que le permitiese dominar lo que Max Hastings, llama, en *Bomber Command* (Mando de bombarderos), la «destrucción masiva automatizada». Para finales de mayo de 1943 todo estaba listo. El 27 de mayo, Harris emitió la *Orden de operación de máximo secreto n.º 173* que requería «la destrucción total» de Hamburgo, la segunda ciudad más grande de Alemania. La Operación *Gomorra* comenzó el 24 de julio y continuó dos días más con ataques durante las horas del día por parte de los aviones Fortress de la aviación norteamericana. Un ataque final, durante la noche del 27 de julio, dejó caer otras 1.200 toneladas de bombas incendiarias sobre las casas de los obreros.

En Hamburgo entró en juego un arma nueva e inesperada, la denominada «tormenta de fuego». Martin Middlebrook describe una en *The Battle of Hamburg* (La batalla de Hamburgo). Una columna termal de

viento generaba un calor de más de 1.400 grados Fahrenheit (60° C.) derritiendo las ventanillas de los tranvías y el asfalto de las carreteras, con tal fuerza que el aire arrancaba los árboles. Cuando las personas cruzaban la calle, se les quedaban los pies pegados en el asfalto derretido e intentaban librarse con las manos, para encontrarse con que también se les quedaban las manos pegadas. Se quedaban a cuatro patas gritando. Los niños pequeños se quedaban tirados sobre el pavimento «como anguilas fritas». El arma «tormenta de fuego» absorbía todo el oxígeno de la ciudad. Una niña de quince años contaba que los cerebros de las personas que se encontraban en los refugios «se les caían de las sienes, que había explotado, y los órganos internos [sobresalían] de las partes blandas de entre las costillas». Rhodes afirma que el Mando Aéreo mató por lo menos a 45.000 hombres, mujeres y niños en Hamburgo. Por contraste, el bombardeo de Coventry mató a 554 civiles y el más pesado bombardeo de Londres 1.436. Las muertes de civiles en Londres durante los nueve meses que duró el intenso bombardeo alcanzaron la cifra de 20.083.

La masacre aérea en Europa llegó a su punto álgido entre el 13 y el 14 de febrero de 1945 en Dresden. Las sesiones de información para las tripulaciones presentaban falsamente a Dresden como «una ciudad industrial de primera importancia». Dresden había sido siempre un centro de arte y artistas, una de las ciudades más magníficas de Europa, siendo la ciudad misma una obra de arte. La industria «pesada» de Dresden se dedicaba a fabricar pastorcillos y pastorcillas de porcelana. Las otras industrias, según Kurt Vonnegut, que fue prisionero de guerra cerca de Dresden, consistían principalmente en hospitales y fábricas de cigarrillos y de clarinetes. Harris realizó un ataque masivo a gran escala contra la ciudad y sus civiles, utilizando 1.400 bombarderos, que transportaban explosivos de gran potencia y bombas incendiarias. Al día siguiente, 1.350 bombarderos pesados de la aviación norteamericana atacaron el patio de maniobra con potentes explosivos. Los cazabombarderos de las fuerzas aéreas estadounidenses sobrevolaron la ciudad durante las horas del día y bombardearon a los supervivientes que buscaban refugio a la orilla del río. Los cálculos del número de muertos varían entre 35.000 y 135.000.

Hastings afirma que el impulso decisivo para el ataque a Dresden vino de Churchill, que tenía preparada una reunión en febrero con Stalin y con Roosevelt en Yalta. Estaba ansioso por mostrar al dirigente soviético que los Aliados llevaban años apoyando a la ofensiva soviética por tierra. «El antiguo marino», como Churchill se llamaba a sí mismo,

quería saber qué planes tenía el Mando Aéreo para «dar una paliza» a los alemanes en retirada. Como es natural, Stalin sabía todo lo que habría que saber del apoyo de los Aliados. Hacía falta un motivo mejor para el ataque a Dresden. Las notas tomadas durante las sesiones de información sugieren uno: entre los objetivos estaba el mostrar «a los rusos, cuando lleguen, lo que es capaz de hacer el Mando de Bombardeiros».

Hastings afirma que «el bombardeo por sectores consistió en un período de tres años durante los cuales se estuvo engañando al público británico y a la opinión mundial». Las regiones más intensamente bombardeadas eran «o bien los centros de las ciudades o los sectores residenciales, densamente poblados, que rara vez contenían industria alguna». En Gran Bretaña no hubo nada comparable a la tormenta de aire de Hamburgo o de Dresden; según la obra de Harris, *Bomber Offensive*, Alemania no construyó «bombarderos estratégicos de ninguna clase». La *Luftwaffe* construyó 1.000 bombarderos bimotor, que utilizaban para atacar a ciudades cuando «no les pedían que sirviesen de apoyo al ejército alemán». En 1944, en el momento culminante de los combates aéreos, Alemania sólo fabricó 172 bombarderos estratégicos, en comparación con el total de los Aliados, que ascendía a 7.283. Los ataques de la *Luftwaffe* sobre Gernika, Barcelona, Varsovia y Rotterdam normalmente eran para servir de apoyo a las operaciones por tierra. El bombardeo estratégico alemán se redujo a los ataques con misiles V-2 de 1944 y 1945. Los misiles habían sido diseñados para vengarse de los ataques de los Aliados, pero resultaban patéticamente inapropiados para la labor.

Tras el desastre de Dresden, la Gran Bretaña comenzó a pensarse dos veces lo de bombardear por regiones. Tanto los militares como los políticos se daban cuenta de que la historia podría juzgar la situación de un modo menos entusiasta de lo que lo habían hecho los analistas de Inteligencia de la RAF. Los 135.000 personas que se calculó que murieron en Dresden eran «más del doble que los civiles que habían perdido la vida en Gran Bretaña debido a los ataques aéreos durante los seis años que duró la guerra». Ni siquiera Churchill era inmune a los temores: «la destrucción de Dresden sigue siendo un grave interrogante contra los ataques de los Aliados» escribió en su memorándum crítico de 1945 dirigidos a los altos mandos de la aviación, memorándum que, bajo presión, acabó por retirar. Después de la guerra, Churchill se negó a ascender a Harris, a pesar de que sí concedió al ascenso a generales y oficiales de menor rango. La

RAF ya no tenía más trabajo para él y en 1945 regresó a África del Sur.

Auschwitz

La Operación *Barbarroja*, la invasión de Hitler de la Unión Soviética, comenzó el 22 de junio de 1941 cuando dos millones de tropas alemanas cruzaron la frontera rusa en un frente que iba desde el Báltico hasta el Mar Negro. Durante veinte años o más, Hitler había estado planeando destruir a la Unión Soviética, desde el punto de vista político, y convertir el Cáucaso en una colonia agrícola alemana cuya mano de obra serían los campesinos rusos. Un destacamento de 3.000 guardias de las SS y de la Alta Policía, los Asesinos Mviles de Himmler (*Einsatzgruppen*), acompañaba a los ejércitos alemanes; su misión era matar a los civiles judíos.

Barbarroja requirió una planificación preliminar, un adiestramiento y una logística de una magnitud sin precedentes, junto a los cuales los preparativos para la Solución Final parecen casi una improvisación. Martin Gilbert afirma en *The Holocaust* que antes del 22 de junio de 1941, momento en que realmente comenzó el Holocausto, los judíos de la parte occidental de Europa habían vivido «prácticamente sin que se metiesen con ellos»; en el este habían muerto unos 30.000, 10.000 de ellos en matanzas individuales o víctimas de alguna otra clase de violencia. Otros 20.000 murieron de hambre en los ghettos de Polonia. Entre 1938 y 1940, Hitler realizó «esfuerzos extraordinarios e insólitos» por enviar a los judíos de Europa a Madagascar, pero el proyecto se fue al traste cuando Alemania no concluyó un tratado de paz con Francia. A finales de 1938, autoridades alemanas consultaron con diferentes naciones para que facilitaran la emigración de los judíos. Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores, habló del tema con el ministro de Asuntos Exteriores francés, Georges Bonnet, pero solamente estuvieron de acuerdo en que «ningún país deseaba recibir [a los judíos]».

Aunque, desde el principio, los ataques a los judíos eran una de las piedras angulares del programa nazi, parece ser que el Holocausto fue más bien una decisión tomada en el último momento. El 22 de junio de 1941 no estaban aún en funcionamiento ninguno de los centros en los que las SS cometieron sus asesinatos, es decir, Auschwitz, Belzec, Chelmno, Maidanek, Sobibor o Treblinka. Chelmo fue el primero de los seis que abrieron y en él no empezaron las matanzas hasta diciembre

de 1941. Auschwitz, el peor de todos, fue un campo de internamiento para los prisioneros políticos polacos hasta junio de 1941, cuando Himmler ordenó su transformación. La orden oficial para que comenzase el holocausto es del 31 de julio de 1941. Goering la firmó y Reinhard Heydrich la recibió. La Conferencia de Wannsee, que establecía las normas y los procedimientos administrativos, no se reunió hasta enero de 1942.

¿Qué impulsó a los dirigentes nazis a comenzar el Holocausto? El 24 de agosto de 1940 los bombarderos alemanes atacaron Londres por equivocación. Churchill respondió con cuatro ataques a Berlín en una semana. Hitler explotó, dominado por una ira infantil: «Si las fuerzas aéreas británicas pueden tirar dos, tres o cuatro mil kilos de bombas, entonces nosotros tiraremos en una sola noche 150.000, 180.000, 230.000, 300.000, 400.000, un millón de kilos. ¡Destruiremos totalmente sus ciudades!». De hecho, Hitler no podía tomar represalias eficaces. Los ataques de la *Luftwaffe* durante los últimos meses de 1940 no fueron otra cosa que «una chapuza, que más tenía el aspecto de las explosiones de ira desproporcionadas de un niño». Hitler no podía arrojar en una sola noche 150.000 kilos de bombas, cuanto menos un millón. Solamente había una cosa que podía hacer: comenzar el Holocausto, cosa que hizo unos nueve meses después. El periódico *New York Times* del 13 de junio de 1942 informó que Joseph Goebbels, el más íntimo confidente y fiel seguidor de Hitler, les echó públicamente la culpa a los judíos americanos y británicos; les hizo responsables de los bombardeos contra Alemania y declaró que se avecinaba «un exterminio masivo de judíos como venganza». Goebbels pronunció este discurso unas tres semanas después de que cayesen 1.000 bombas sobre Colonia, el ataque más devastador hasta aquel momento.

Durante las primeras etapas del Holocausto, los Asesinos Móviles dieron muerte a 1,4 millones de judíos y gitanos en un año y medio. Otros 3,7 millones de judíos fueron asesinados en las cámaras de gas y en los crematorios de los centros de muerte. Parece anómalo asociar a los más de cinco millones de muertos en el Holocausto con las víctimas alemanas de los bombardeos aliados. Como es natural, ni son equivalentes ni sinónimos: muchos trabajadores alemanes participaron en el esfuerzo realizado durante la guerra y apoyaron ardientemente las políticas del gobierno, por lo que no se puede decir que fuesen exactamente inocentes. Los judíos, por otra parte, eran totalmente inocentes. El único parecido entre los dos consiste en que eran civiles y en que fueron víctimas.

¿Cómo se las arregló Alemania para matar entre cinco y seis millones de seres humanos inocentes sin que nadie se diese cuenta? Tuvieron ayuda, de sus aliados de los países satélites, de Ucrania, de los Balcanes, pero principalmente de sus enemigos: Gran Bretaña y los Estados Unidos, sus compañeros silenciosos. Un mes después de que comenzase el Holocausto, los periódicos en lengua yiddish de Nueva York publicaron relatos de testigos presenciales acerca de las atrocidades cometidas en Polonia, que la mayoría de los lectores juzgaron historias fantasiosas. El 26 de julio de 1942, el *Boston Globe* y el *Seattle Times* informaron de que en Polonia habían matado a 700.000 judíos. Después de eso, la prensa dejó de publicar relatos sobre las matanzas, posiblemente porque la División de Asuntos Europeos del Departamento de Estado (DEA) insistió en que eran «una pura fantasía» (*fantastic*) y «totalmente increíbles».

En 1946 Churchill informó a los Comunes de que hasta no acabó la guerra no supo nada de «las terribles matanzas que habían ocurrido, los millones y millones de personas que habían sido asesinadas». Lo cierto es que Churchill había enviado en 1944 una minuta a Anthony Eden, su ministro de Asuntos Exteriores, diciendo: «este (el Holocausto) es probablemente el mayor y más espantoso crimen que jamás se haya cometido en toda la historia del mundo». Ya en 1941 había dirigentes aliados, miembros del Foreign Office, del Departamento de Estado y del Vaticano que sabían lo que estaba pasando exactamente. Churchill, Franklin D. Roosevelt y Pío XII lo sabían desde luego en 1942; todas y cada una de las legaciones, consulados y embajadas tenían pleno conocimiento de lo sucedido. En febrero de 1942 el Congreso Judío Americano o AJC auspició una reunión masiva en el Madison Garden Square y acudieron 20.000 personas en el público y cientos más de pie en el exterior. El presidente del sindicato AFL, Green, el alcalde de Nueva York, LaGuardia, el rabino Wise y Chaim Weizmann tomaron la palabra. Roosevelt y Churchill enviaron mensajes de apoyo. Un programa, con un total de 11 puntos, aprobado en la reunión, se envió al presidente. Después de esta demostración, el Departamento de Estado reveló que tenía planes secretos de realizar una «investigación preliminar» acerca del asunto.

Cinco meses después de haber comenzado el Holocausto, Rumanía propuso poner en libertad a 30.000 judíos. El DEA rechazó la oferta, alegando que el aprobar la propuesta daría lugar a presiones para rescatar a los judíos húngaros y posteriormente a todos los judíos que se encontrasen sometidos a «una intensa persecución». Hablando en nom-

bre del Departamento de Estado, Cavendish Cannon, del DEA, dijo en 1941: «No estamos preparados para enfrentarnos con todo el problema judío». En 1943 el Departamento de Estado seguía sin estar preparado. Poco después de que se rindiese el Sexto Ejército alemán en Estalingrado en enero de 1943, el *New York Times* informó de que Rumanía quería poner en libertad a 70.000 judíos. Summer Wells, Subsecretario de Estado, denunció que la oferta «no tenía fundamento». En *The Abandonment of the Jews* (El abandono de los judíos), David Wyman, que ha sido catedrático de historia en la Universidad de Massachusetts, mantiene que la oferta procedía de los más altos cargos rumanos y que era auténtica. Más tarde, en la primavera de 1943, Eden se reunió con Cordell Hull, Secretario de Estado, con Sumner Welles y con el Presidente Roosevelt para hablar de una oferta búlgara para libertar a 60.000 judíos. Si sacamos a «todos los judíos de un país como Bulgaria» dijo Eden, «los judíos del mundo querrán que hagamos ofertas parecidas en Polonia y Alemania y es posible que Hitler se aproveche de cualquier oferta de esa índole».

En la primavera de 1943, Borden Reams, del DEA, explicó los motivos que tenía el Departamento de Estado para rechazar las ofertas del Eje para poner en libertad a los judíos diciendo: «siempre existió el peligro de que el gobierno alemán pudiese acordar entregar a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña un gran número de refugiados judíos». ¿Eso se consideraba un *peligro*?

Los Estados Unidos y Gran Bretaña desoyeron repetidamente las peticiones que hacían grupos judíos del extranjero y de sus propios países para que bombardeasen las líneas férreas, las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz. El Departamento de Operaciones de las Fuerzas Aéreas alegó que «los aviones no podían volar tan lejos», pero los bombarderos americanos con base en Italia pasaban normalmente cerca de Auschwitz o incluso lo sobrevolaban de camino a las fábricas alemanas; de hecho lo hicieron en 19 ocasiones entre junio y diciembre de 1945. Los americanos incluso dejaron caer bombas sobre Auschwitz, por equivocación. Wyman dice que la región de Auschwitz en agosto de 1944 era «un hervidero de actividad de los bombardeos americanos». Shalom Lindenbaum describió así un ataque sobre Auschwitz: «Aparecieron en el cielo los bombarderos aliados. Resulta difícil expresar la alegría que sentimos. Teníamos la esperanza de que nos bombardearan, y habíamos rezado para ello, para escapar así a las inútiles muertes en las cámaras de gas». Lindenbaum vio un ataque aliado a una fábrica y dice: «Qué maravilloso era

ver escuadrón tras escuadrón aparecer en el cielo, tirando bombas, destruyendo los edificios, matando al mismo tiempo a miembros del *Herrenvolk*».

Comoquiera que Himmler esperaba que los aliados bombardeasen Auschwitz y que sus habitantes escapasen, ordenó que se construyese un foso alrededor de todo el campamento y que erigiesen una segunda alambrada, con perros de ataque que protegiesen el espacio entra ambas. Incluso un ataque simbólico sobre Auschwitz hubiese obligado a desviar los caza-bombarderos alemanes, e impedido a las unidades antiaéreas llevar a cabo sus operaciones habituales con el fin de proteger los centros y los principales campos de concentración; de ese modo se hubieran salvado vidas de tripulaciones tanto británicas como norteamericanas. Charles Maier, catedrático de historia de la Universidad de Harvard, afirma que la decisión de no bombardear los centros de exterminio «rivaliza en ambigüedad moral con los bombardeos de Dresden».

Además de efectuar bombardeos, existían otras posibles iniciativas para rescatar a los judíos. Los aliados podrían haber «patrocinado» ataques de comandos a los centros de muerte y los campos de concentración. La BBC podría haber retransmitido advertencias a los judíos que estaban en Polonia y en Rusia, la mayoría de los cuales creía que las SS sencillamente pretendían formar nuevas colonizaciones y darles una nueva ocupación. Los aliados podrían haber arrojado folletos desde globos o aviones sobre las ciudades polacas y soviéticas advirtiéndoles acerca de los centros de exterminio. Pero los Aliados postergaron hasta ya muy avanzada la guerra las retransmisiones y los folletos, porque semejante acción hubiese puesto de manifiesto el hecho de que las afirmaciones aliadas de que no sabían nada del Holocausto eran pura superchería.

¿Qué precio tuvo que pagar Alemania por eliminar a más de seis millones de judíos, por robarles su dinero, sus joyas, sus propiedades, sus negocios, por vender su cabello y su ropa y quitarles el oro de las muelas, a veces incluso antes de meterles en las cámaras de gas? ¿Qué castigo recibió Alemania por matar a un número indeterminado de gitanos, socialistas, Testigos de Jehová y homosexuales?

¿Qué sanciones se le impusieron a Alemania por la carnicería cometida con los prisioneros de guerra judíos en los campos de prisioneros alemanes? Alemania pagó varios millones de marcos alemanes en reparación; unos cuantos de los principales dirigentes nazis se suicidaron para evitar someterse a juicio; una docena o más de personajes secunda-

rios fueron ejecutados y algunos funcionarios de menor categoría fueron a la cárcel; otros, como sabemos, acabaron formando parte del gobierno alemán. ¿Qué precio pagaron los Estados Unidos y Gran Bretaña por su complicidad? Ninguno.

Nagasaki

El general Haywood S. Hansell, jefe de la Primera Comandancia de bombarderos en el Pacífico, se especializó en lo bombardeos de precisión, evitando producir víctimas civiles, según una política que se había iniciado años antes en Europa. Después de tres meses de enérgicos esfuerzos a finales de 1944, Hansell no había conseguido destruir ninguno de los blancos principales que le habían sido asignados. H. H. «Hap» Arnold, comandante de las Fuerzas Aéreas del ejército, mandó a Lauris Norstad, su jefe de estado mayor, a Guam para que reemplazara a Hansell. El 20 de enero el general de división Curtis Le May, que acababa de bombardear Alemania y China, ocupó el puesto de Hansell. Norstad le dio un ultimátum a LeMay: consigue resultados o te echamos. Además Norstad advirtió a LeMay que una invasión de Japón causaría medio millón de víctimas americanas. LeMay calculó que si sus B-29 se podían «ocupar» de entre 30 y 60 ciudades japonesas, los bombarderos ganarían la guerra del Pacífico por sí solos. Es una curiosa coincidencia, pero lo cierto es que LeMay «se ocupó» de 58 ciudades, precisamente el número de ciudades alemanas que Lindemann, el consejero de Churchill, había aconsejado que el Mando Aéreo «desalojase».

El 3 de febrero, diez días antes del infierno de Dresden, LeMay permitió a los japoneses trabar conocimiento con los B-29, los bombardeos por sectores y las tormentas de fuego. Arrojó 159 toneladas de bombas incendiarias sobre Kobe, dejando 1.000 edificios calcinados por el fuego, algo menos de lo que esperaba. El 23 de febrero bombardeó Tokio con 172 B-29 y quedó calcinada una milla cuadrada, pero aún no bastaba con eso. LeMay revisó sus cálculos. El 10 de marzo, 334 B-29, cada uno de ellos cargado con dos toneladas de bombas incendiarias, calcinaron 16 millas cuadradas en Tokio, matando a más de 100.000 hombres, mujeres y niños, hiriendo a un millón de personas y dejando sin hogar a otro millón.

El periodista francés Robert Guillian vio cómo «la tormenta de fuego se abría paso a través de la densa ciudad de madera... Todos los japoneses, en los jardines cerca del mío, estaban fuera de sus casas o

mirando por agujeros, dando gritos de admiración (lo cual resultaba típicamente japonés) ante este espectáculo grandioso casi teatral». LeMay recibió un telegrama de «Hap» Arnold que decía: «ENHORA-BUENA. ESTA MISIÓN DEMUESTRA QUE SUS TRIPULACIONES TIENEN REAÑOS PARA CUALQUIER COSA». «Era un bonito telegrama», dijo LeMay. Al día siguiente LeMay envió sus B-29 a Nagoya, el 13 de marzo a Osaka y el 16 a Kobe. El 18 de marzo regresaron a Nagoya. ¿Por qué se detuvo? «Nos quedamos sin bombas», escribe en su autobiografía.

LeMay estaba obteniendo por fin buenos resultados, casi demasiado buenos. El Comité Provisional para la Bomba A (*Interin Committee for the A-Bomb*) comenzó a preocuparse, pensando que si LeMay seguía a ese paso no dejaría ninguna gran ciudad sin destruir, y eso haría difícil obtener medidas exactas del poder destructivo de la bomba. LeMay comulgaba, como lo hiciera «el carnicero» Harris, con la mística del bombardero, pensando que éstos podían ganar la guerra por sí solos. Esta era para LeMay la ocasión de su vida y no quería que nada se interpusiera; pese a ello, accedió a dejar cinco ciudades «fuera de sus límites».

Tokio marcó el triunfo final del bombardeo por sectores durante la II Guerra Mundial. El Estudio del Bombardeo Estratégico (*U.S. Strategic Bombing Survey*) señaló que casi un 90% de los sectores marcados como blancos en Tokio eran residenciales: 12 millas cuadradas de casas de trabajadores en el centro de la ciudad, identificadas como tales y escogidas por LeMay y por los miembros del personal. Richard Rhodes señala que veinte años más tarde LeMay seguía fingiendo que el bombardeo de Tokio era *industrial*.

Los Estados Unidos insistían en que la rendición fuera incondicional, sabiendo de sobra que era improbable que tal cosa se aceptara. Durante el invierno y la primavera de 1945 no teníamos la bomba y no teníamos ni idea de si llegaríamos a conseguirla y cuándo. Pero las armas nucleares parecían adquirir cada vez más importancia estratégica con vistas al período posterior la guerra. No podíamos bombardear Japón *después* de que hubiese aceptado nuestros términos de rendición sin correr el riesgo de vernos condenados universalmente; de ahí nuestra carrera por desarrollar la bomba antes de que Japón aceptase nuestros términos. Tan pronto como hubiésemos lanzado las bombas, desistimos de nuestra demanda de rendición incondicional.

El 31 de mayo el Comité Provisional trató de la utilización de la bomba. Stimson, el Secretario de Guerra, resumió la reunión con las

siguientes palabras: sin advertencia alguna al Japón, sin atacar ningún sector civil y de modo que la bomba cause «una profunda impresión psicológica al mayor número posible de sus habitantes». James B. Conant, presidente de la Universidad de Harvard y miembro del Comité, fue más explícito: el «blanco más deseable sería una fábrica de armamento, de importancia vital, en la que trabaje gran número de personas y muy cerca de la cual se encuentren las viviendas de los obreros». Stimson apoyó la postura de Conant, cosa sorprendente en el Secretario, que con anterioridad se había referido a «la espeluznante falta de conciencia y compasión producida por la guerra... la complacencia, la indiferencia y el silencio con que habíamos recibido los bombardeos masivos en Europa y, sobre todo, en Japón».

El 3 de julio, Stimson envió a Truman un informe sobre la situación militar japonesa. Japón, escribía Stimson, no tenía aliados; sus fuerzas navales estaban prácticamente destruidas, era vulnerable al bloqueo por superficie y bajo el agua, así como extraordinariamente vulnerable al ataque aéreo contra las ciudades y sus recursos industriales y alimenticios. Dos semanas después del informe enviado a Truman un «dispositivo» atómico estalló con éxito en Nuevo Méjico, en lo que se llamó la prueba *Trinidad*. Habíamos ganado la carrera. Podíamos lanzar la bomba. Inmediatamente después de la prueba *Trinidad* el general Thomas Farrel, delegado del general Groves, administrador del Proyecto Manhattan, dijo exultante a su jefe: «La guerra ha terminado». Groves reprendió suavemente a su subordinado. «Sí», dijo, «después de que tiremos dos bombas en Japón».

¿Por que bombardeamos a un Japón derrotado? No fue por razones militares. Algunos justifican el uso de las armas nucleares haciendo referencia a lo cara que hubiera resultado una invasión por tierra. No cabe duda alguna de que los Estados Unidos no debían invadir un Japón mutilado y militarmente empobrecido, pero tampoco había necesidad de usar las armas nucleares. Podríamos haber bombardeado Japón a voluntad, porque ni tenían artillería ni les quedaban bombarderos. Podríamos haberles bloqueado durante una década entera o durante el tiempo que fuese necesario hasta que volviesen a sus cabales, sin perder ni un solo hombre. Farrel tenía razón y Groves estaba equivocado. A todos los efectos, la guerra había concluido el 16 de julio de 1945 con la prueba *Trinidad*. Si el presidente Truman hubiese enviado a un millón de jóvenes americanos a la muerte en una invasión insensata, hubiese cometido un grave crimen de guerra. Pero el cuento de la inva-

sión fue más que un brillante truco de relaciones públicas, con el que se «blanqueó» el lanzamiento de dos bombas atómicas.

El motivo por el que se mató a tantísimos civiles fue de carácter político. Los Estados Unidos habían salido victoriosos de guerras en Europa y en el Pacífico, y queríamos que el mundo entendiese que éramos la potencia dominante en tierra, mar y aire. Stimson puso a las bombas en perspectiva de modo conciso: fueron el «igualador que se necesitaba con desesperación», frente a la potencia soviética. Dejamos caer la bomba sobre Japón para mostrar a la Unión Soviética nuestro nuevo poder. Leo Szilard, el físico nacido en Hungría que merece tanto como el que más el título honorífico de Abuelo de la Bomba, dijo que el resultado fue «una de las mayores equivocaciones de la historia».

En el sexto volumen de su autobiografía *Triumph and Tragedy* (*Triunfo y Tragedia*), Churchill dice que el lanzamiento de la bomba atómica fue «un milagro de liberación». Es posible que las bombas nucleares nos librasen, de manera milagrosa, de una guerra, pero nos hicieron entablar una nada milagrosa Guerra Fría y una carrera armamentística. Para prevenir la derrota en esta competición termonuclear, la Unión Soviética y los Estados Unidos sembraron los océanos de submarinos lanzamisiles, montaron diariamente prácticas termonucleares «infalibles» con bombarderos B-52 y plantaron misiles balísticos intercontinentales en sus zonas áridas. La Unión Soviética y los Estados Unidos también decidieron que si fallaba la disuasión, 100 millones de muertes para cada uno (el 95% civiles) sería un precio aceptable.

Alemania saltó la barrera de los bombardeos de civiles en Folkestone y en Londres en 1917, en Gernika y Barcelona durante la Guerra Civil Española y en Varsovia y Rotterdam a principios de la II Guerra Mundial. Ya no era posible dar marcha atrás, y ahora tampoco podemos volver atrás si tenemos en cuenta Corea, Vietnam, Camboya, Somalia y Bosnia. A los civiles se les trata ya como combatientes, y eso es una razón más para evitar, como primera medida, que estallen las guerras.

Fuentes

Dresden

Fleming, P., *Operation Sea Lion*, 1957.

Fredette, R. H., *The sky on fire*, 1991.

Harris, Sir A., Marshal of the R.A.F., *Bomber offensive*, 1947.

- Hastings, M., *Bomber command*, 1979.
- Hopkins, G. H., «Bombing and the American conscience during World War II», *The Historian* 28:451, 1966.
- Jones, R. V., «Winston Leonard Spencer Churchill», *Biog. Mem. Fellows of the Royal Society*, 12:80, 1966.
- Keegan, J., *The face of battle*, 1977.
- Kennett, L., *A history of strategic bombing*, 1982.
- Knightley, P., *The first casualty*, 1975.
- Masefield, J., *Gallipoli*, 1916.
- Middlebrook, M., *The Battle of Hamburg*, 1980.
- Rhodes, R., *The making of the atom bomb*, 1988.
- Rhodes, R., et al., «Kurt Vonnegut, Jr.», 1977. En G. Plimpton, comp., *Writers at work*, 1984.
- Roosevelt, F. D., *The public papers and addresses*, VIII, 1939.

Auschwitz

- Cohen, M. J., «Churchill and the Jews», en *The Nazi Holocaust*, comp. por M. R. Marrus, 8, vol. 1, parte II.
- Gilbert, M., *The Holocaust*, 1985.
- Gilbert, M., *Auschwitz and the Allies*, 1981.
- Hilberg, R., *The destruction of the European Jews*, 1961.
- Kennett, L., *A history...*, cit.
- Wyman, D., *The abandonment of the Jews*, 1984.

Nagasaki

- Arendt, H., *Eichmann in Jerusalem*, 1956.
- Arnold, H. H., *Global mission*, 1949.
- Birdsall, S., *Saga of the superfortress*, 1980.
- Churchill, Sir W., *Triumph and tragedy*, 1953.
- Groves, L. R., *Now it can be told*, 1962.
- Guillain, R., *I saw Tokyo burning*, 1981.
- LeMay, C., *Mission with LeMay*, 1965.
- Oppenheimer, J. R., «Secretary Stimson and the atomic bomb», *Andover Bulletin*, 12, primavera de 1961.
- Overy, R. J., *The air war*, 1980.
- Rhodes, R., *The making...*, cit.
- Stimson y Bundy, *On active service in peace and war*, 1948.

Traducción de Rhode Flores